

## Un poeta de la Arcadia en los pagos de Marte: Juvencio Valle, corresponsal de la Guerra Civil Española\*

A Poet of the Arcadia in the Lands of Mars: Juvencio Valle, Correspondent in the Spanish Civil War

**Jesús Cano Reyes**

Universidad Complutense de Madrid  
jesuscanoreyes@ucm.es

En 1938, el poeta Juvencio Valle llega como corresponsal de guerra a España, desde donde envía varias crónicas a la revista *Ercilla*. Esos textos, al tiempo que reproducen ciertos cánones del género, ejemplifican su especificidad. En este artículo describo en primer lugar el recorrido que conduce a Valle desde el Sur de Chile a la España en llamas; me adentro después en el análisis textual de las crónicas y subrayo su mayor singularidad: el impacto de la guerra en la mirada de un poeta habituado a la contemplación y al canto de la Naturaleza; por último, examino las huellas de la contienda en el proyecto literario del poeta.

**Palabras clave:** Juvencio Valle, Guerra Civil Española, corresponsal.

In 1938, poet Juvencio Valle arrived in Spain as a war correspondent from where he sent various chronicles to the magazine *Ercilla*. Despite these texts containing common characteristics of the genre they illustrate their uniqueness. In this article I first explore the journey that took Valle from southern Chile to a Spain in flames. I then delve into a textual analysis of the chronicles, highlighting their distinctiveness by demonstrating how the outlook of a poet accustomed to peaceful contemplation and Nature was affected by war. Ultimately I examine the way in which the poet's literary project was influenced by the conflict.

**Keywords:** Juvencio Valle, Spanish Civil War, correspondent.

Recibido: 05/04/2017  
Aceptado: 06/07/2019

---

\* Este trabajo ha sido posible gracias al proyecto de investigación "El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica", financiado por el actual Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades de España (PGC2018-098590-B-Ioo).

## 1. Un viaje desde el Sur

En 1932, un ignoto poeta del Sur de Chile que firma como Juvencio Valle da a la imprenta su segundo libro: *Tratado del bosque* (su anterior poemario, *La flauta del hombre pan*, de 1929, no ha recibido mucha atención). En el diario *La Nación*, Alone, el implacable y omnipresente crítico que tanto peso tiene en el canon chileno del siglo XX (Premio Nacional de Literatura él mismo en 1959), lee el libro con paternalismo, lo califica como "ameno y amable", le adjudica "reminiscencias de Rubén Darío" y le coloca, quizá sin pretenderlo, una pesada losa: "la sombra de Pablo Neruda planea sobre los poetas jóvenes de Chile y no se escapa, ciertamente, de ella este Juvencio Valle" (Díaz Arrieta). Mucho más destructivo es el juicio en la página de *Los Tiempos* de Alfonso Reyes Messa, que emplea el sarcasmo y lo acusa de imitador trasnochado de Neruda; para alguien como él, más próximo a la vanguardia, la tradición clásica que representa Valle es un modo de expresión ya caduco: "Desde el año 2 mil A. de J., los poetas vienen cantando al amor, a la mujer, al bosque, al estero, a las ninfas, y les han sacado el jugo artístico. Ya no queda más que la cáscara reseca, como un limón exprimido" (Reyes Messa).

Ante la valoración desdeñosa de estos y el elocuente silencio de otros, es entonces el propio Pablo Neruda quien sale en defensa del poeta casi desconocido y proclama desde la tribuna de *El Mercurio*:

Juvencio Valle no es vanguardista, ni es, por suerte, runrunista. Es, sin embargo, por derecho de señorío lírico, por tensión y aumento de vida verbal; por condiciones esenciales y secretas, visibles, sin embargo en su estructura; por lo arbitrario, lo profundo y lo dulce y lo perfumado de su poesía es, digo, el poeta más fascinador y atrayente de la poesía actual de Chile (Neruda, "Sobre Juvencio Valle")<sup>1</sup>

Juvencio Valle es en realidad el pseudónimo del menos eufónico nombre de Gilberto Concha Riffo (Nueva Imperial, 1900 – Santiago de Chile, 1999). Pablo Neruda y él se conocen desde mucho tiempo atrás, pues han coincidido en su niñez en la misma clase del Liceo de Hombres de

---

<sup>1</sup> La polémica, lejos de disolverse, se enquistaba y se prolonga durante algunas semanas, hasta finales de ese año de 1932. Al día siguiente le da la réplica Alfonso Reyes Messa (*Los Tiempos*, 21 de noviembre de 1932) y unos días después Benjamín Morgado se suma a esta trincheras (*El Mercurio*, 27 de noviembre de 1932). Contra estos autores, representantes del runrunismo, firma un tal A. L. V. una beligerante columna unas semanas después (*El Mercurio*, 18 de diciembre de 1932). El 27 de diciembre Raúl Silva Castro defiende en ese mismo periódico la generosidad de Neruda en sus palabras sobre Juvencio Valle. Sin embargo, ya casi olvidados de este, la desabrida batalla ha cambiado su centro y se ha convertido en una pugna entre runrunistas y nerudianos; una vez más, las guerrillas literarias chilenas haciendo de las suyas. Como broche final de la polémica, Roberto Meza Fuentes retoma la crítica al contenido de *Tratado del bosque* en un artículo bastante elogioso aparecido en *El Mercurio* el 12 de febrero de 1933, donde reconoce que el libro "apunta la revelación de un gran poeta" y que "más que un comentario didáctico merece una amorosa iniciación" (Meza Fuentes).

Temuco<sup>2</sup>; sin embargo tan solo recientemente Neruda ha descubierto que Juvencio Valle es el *nom de plume* de su amigo de la infancia Gilberto<sup>3</sup>.

Instalado desde entonces en la ciudad de Santiago, Juvencio Valle entra a formar parte de la vida bohemia de la capital; son Volodia Teitelboim, Eduardo Anguita y Helio Rodríguez quienes integran su círculo más próximo de afinidades literarias y políticas (Teitelboim, 10). Igualmente, han de figurar entre sus amigos de la capital nombres como los de Tomás Lago y Julio Barrenechea (Teillier). Cuando en 1935 Anguita y Teitelboim publican su célebre *Antología de poesía chilena nueva*, Valle figura como uno de los diez autores consagrados en un elástico concepto de la nueva poesía que tiene a Vicente Huidobro como gran abanderado<sup>4</sup> (en las siguientes páginas

---

<sup>2</sup> La crítica, siempre curiosa, ha demorado su atención en la amistad entre Pablo Neruda y Juvencio Valle (Premios Nacionales de Literatura en 1945 y 1966, respectivamente), habida cuenta de esta casual coincidencia. Teitelboim ha ahondado en algunas anécdotas infantiles entre uno y otro, reveladoras del reconocimiento entre dos personalidades sensibles (5-6). Mucho tiempo después, Neruda ya muerto, Valle iba a recordar brevemente esos años: "Tuve el privilegio de conocerlo siendo un niño de seis años en Temuco; él era mi compañero de banco a pesar de ser yo mayor. Éramos unos niños que no corríamos, ni saltábamos, ni jugábamos a la pelota. Cómo él era muy chico, lo único que podía hacer era ponerse en un rincón para protegerse de esos salvajes que corrían de allá para acá y gritaban como locos. Él ahí en su rincón con pequeñas cosas, algún palo raro, insectos. Decía que tenía una pieza llena de objetos 'muy interesantes'" (Poirot, 136). A partir de su reencuentro de 1932 (Neruda de regreso de la traumática experiencia oriental; Valle, proveniente de la apacible vida en un molino de su región austral), el célebre Neruda iba a ayudar a su amigo en varias ocasiones; pese a que también, dado el carácter silencioso de este, difundiera su apodo de "Juvencio Silencio" (Olivares Briones, 494) o "Silencio Valle" (Teitelboim, 5). El *Canto General* (1950) contaría con un poema dedicado a Juvencio Valle: "Juvencio, nadie sabe como tú y yo el secreto / del bosque de Boroa: nadie / conoce ciertos senderos de tierra enrojecida / sobre los que despierta la luz del avellano. / Cuando la gente no nos oye no sabe /que escuchamos llover sobre árboles y techos / de cine, y que aún amamos a la telegrafista" (Neruda, *Obras completas* 657). Como muestra de gratitud –y seguramente con convencimiento–, el día que Valle recibe el Premio Nacional de Literatura no olvida pronunciar unas palabras reclamando un acto de justicia: "Espero que este año sea el del Premio Nobel para mi compañero Pablo Neruda. Se cae de maduro que su gran poesía merece ese reconocimiento internacional" (Gómez Bravo, 203).

<sup>3</sup> La anagnórisis es reconstruida, posiblemente con alguna licencia de la imaginación, por Olivares Briones: "Cuando Neruda regresa a Chile en 1932, los dos ex-compañeros se reencuentran inesperadamente, y en la primera charla, enhebrando recuerdos y novedades, no demora mucho en aparecer el tema de la poesía. El tímido y parco Gilberto no osa decirle a su amigo –ya gran poeta– que él también acaba de publicar, bajo seudónimo, un pequeño libro titulado *Tratado del bosque*. No es su estilo hablar mucho de sí mismo, ni menos confesarle que, en cierto modo, sigue sus pasos en las lides literarias. / Para su gran asombro, en medio de la conversación Neruda le pregunta: / –Oye Gilberto, ¿conoces tú a un tal Juvencio Valle? De él sólo sé que es un joven poeta de nuestras mismas tierras, y que tiene un libro de reciente publicación que aún no he leído. / –Soy yo –dice éste, simplemente. Yo soy Juvencio Valle" (Olivares Briones, 494).

<sup>4</sup> Oscar Galindo, deteniéndose en esta *Antología de poesía chilena nueva*, ha estudiado la importancia de las antologías como elemento decisivo para el establecimiento del canon literario chileno, revelando precisamente su tendencia a la adopción de elementos de carácter foráneo: "Estos elementos [ambivalencia y contradicción] han contribuido al desarrollo, en el interior del sistema literario, de una metatextualidad tensionada entre el canon occidental y los cánones nacionales o regionales específicos. En este contexto se entiende a la literatura chilena como un polisistema definido por la heterogeneidad, el mestizaje y el hibridismo" (Galindo).

se abordará la contribución con mayor detenimiento). Es posible suponer que al mismo tiempo y a lo largo de estos años va creciendo en él una progresiva politización y una rampante conciencia de izquierda.

Con el estallido de la Guerra Civil Española, su compromiso a favor de la República es total. El fervor que desata el conflicto en las diversas naciones americanas, y particularmente en Chile, resulta extraordinario: la guerra peninsular se traslada a las tribunas de los periódicos chilenos, se reproduce en las imprentas y se multiplica en los salones de actos y en los locales donde los intelectuales toman partido –si bien en desigual proporción– por uno u otro bando<sup>5</sup>. La antología *Madre España*, que sale a la luz en Santiago en enero de 1937, simboliza de manera contundente la transformación que en muy pocos meses ha sufrido el canon poético chileno: muchos de los autores que habían defendido una poética experimental en la antología de 1935, reaparecen en este libro convertidos en poetas de un firme compromiso político<sup>6</sup>. Y entre estos poetas, metamorfoseados en mayor o menor medida por el fragor español, está Juvencio Valle, que aporta al conjunto su poema “España” (analizado más adelante)<sup>7</sup>.

También se encuentra Juvencio Valle entre la nómina de intelectuales que, el 7 de noviembre de 1937 (simbólica fecha que conmemora el año de resistencia de la ciudad de Madrid ante el asedio franquista), se reúnen en el Salón de Honor de la Universidad de Chile para formar, liderados por Neruda, la Alianza de Intelectuales de Chile, a imagen y semejanza de la Alianza homónima española (Schidlowsky 354). En esta órbita de la Alianza trabaja Valle para la defensa de la República Española hasta el punto de tomar la

---

<sup>5</sup> Para profundizar en el impacto de esta guerra en la intelectualidad chilena, se puede consultar el volumen editado por Matías Barchino y por mí bajo el título *Chile y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2013).

<sup>6</sup> Niall Binns ha reflexionado sobre la metamorfosis del canon poético chileno en estos años y, particularmente, sobre la diversidad formal e ideológica de los autores de la antología *Madre España*: “Los veinte poetas antologados ofrecen una buena muestra de hasta qué punto se había politizado el campo literario chileno y también del alcance de las pasiones suscitadas por España. Hay poemas formalmente muy diversos, entre ellos un romance de Carlos Préndez Saldías (“In memoriam”), un poema torrencial de largos versículos y tono épico de Pablo de Rokha (“Imprecación a la bestia fascista”) y la poesía directa, poderosa, indignada y esperanzada del nuevo Neruda con su “Canto a las madres de los milicianos muertos”. Interesa aquí, sin embargo, la conjunción de la solidaridad con España, por un lado, y por otro la conservación de imágenes de raigambre vanguardista en poetas como Huidobro (“Gloria y sangre”), Rosamel del Valle (“Mensaje en el oído del Océano Pacífico”) y los dos futuros miembros de la Mandrágora, Braulio Arenas (“El todo por el todo”) y Enrique Gómez (“España proletaria”) (Binns).

<sup>7</sup> La antología se cierra con un interesante epílogo de María Zambrano, que había llegado a Valparaíso en noviembre de 1936 acompañando a Alfonso Rodríguez Aldave, su marido, nombrado secretario de la Embajada Española. Durante los seis meses que la filósofa española permanece en Chile, además de colaborar en prensa, publica una *Antología* de Federico García Lorca, un *Romancero de la guerra española* e imprime su libro *Los intelectuales en el drama de España* (los cuatro –incluyendo la antología *Madre España*– en Panorama, 1937). El epílogo lleva por título “A los poetas chilenos de *Madre España*” y en él Zambrano lanza un alegato a favor de la poesía y de la unión entre los dos países: “Es necesaria y más que nunca la poesía, y por eso es que brota entre vosotros, hermanos chilenos que contribuísteis así a la lucha de España acompañándola, dándole vuestra voz de amor y de esperanza, de afirmación filial en instantes en que sus entrañas maternas sufren la agonía de la vida creadora” (*Madre España* 39).

decisión de viajar a España en enero de 1938 y ejercer como corresponsal de guerra. El día 17 la Alianza organiza una comida de despedida y le hace solemne entrega de las "credenciales de representante de este organismo ante los trabajadores del pensamiento de los países que visitará, particularmente de España" ("El poeta Juvencio Valle..."). Según las informaciones de prensa, al día siguiente el poeta parte del puerto de Valparaíso, en pleno verano austral, rumbo al invierno español: "Se asomará como poeta y como hombre a la tumultuosa tragedia que desangra a España. Como hombre, como poeta, y como periodista. Entre sus papeles, lleva Juvencio Valle las credenciales que lo acreditan como Corresponsal de Guerra de la Revista *Ercilla*. El primer Corresponsal de Guerra que envía una publicación chilena a enfocar el dolor de España"<sup>8</sup> ("Un poeta: Juvencio Valle"). Es precisamente la triple condición de hombre, poeta y periodista subrayada por la nota de prensa la que se pondrá de manifiesto en la Península, donde se barajarán las distintas identidades originando singulares relaciones entre las tres<sup>9</sup>.

En unas declaraciones realizadas muchos años más tarde, Juvencio Valle iba a recordar el contagioso espíritu de solidaridad con la República que reina durante los años de la guerra en la intelectualidad chilena, así como las circunstancias concretas que posibilitan el viaje a España:

El llamado a la solidaridad internacional para defender la cultura, provocó en mí irresistibles deseos de ponerme al servicio de la causa de la República. Un feliz encuentro con Serrano Palma hizo posible mi viaje. Andrés tenía un pasaje a Madrid en primera clase. Me ofreció cambiarlo por 2 de tercera y así iniciamos nuestro viaje<sup>10</sup>. Atravesamos

---

<sup>8</sup> No es el único. Otro chileno escribe crónicas de guerra desde España, pero su corresponsalía no es transatlántica, sino que lo hace para la propia prensa española, la revista profranquista *Fotos*: se trata de Bobby Deglané. Maximiano Errázuriz realiza una entrevista a Franco en Salamanca en 1937 (que se publica en noviembre en la revista chilena *Estudios*), mientras que Letizia Repeto de Baeza conversa con Carmen Polo, su mujer, y lo cuenta en *El Mercurio* el 18 de abril de 1937. Por otro lado, Luis Enrique Délano publica *a posteriori* de su viaje a España su libro *Cuatro meses de guerra civil en Madrid* (Santiago de Chile, Panorama, 1937).

<sup>9</sup> La decisión de que Juvencio Valle fuera a España como corresponsal no gustó, ni mucho menos, a todos los sectores de la intelectualidad chilena. El grupo surrealista de la Mandrágora –radical en lo estético y renuente a lo político– iba a disparar con ferocidad contra él: "La Alianza de Intelectuales ha enviado a España a Juvencio Valle, uno de sus más representativos intelectuales, es decir, un señor perfectamente cretino, perfectamente mediocre como escritor y como hombre. Sepan los soldados del glorioso ejército español que Juvencio Valle no representa a los intelectuales chilenos, puesto que en Chile él no hizo otra cosa que darse vueltas siguiendo la huella de su propia baba" ("Increíble pero cierto"). Este ataque desproporcionado solo cabe ser interpretado desde el punto de vista de las pugnas y rivalidades de la guerrilla literaria.

<sup>10</sup> Las páginas del diario personal del diplomático chileno Carlos Morla Lynch (publicadas bajo el título de *España sufre*), a quien volveré en las siguientes páginas, incluyen numerosas referencias a Andrés Serrano Palma a partir de abril de 1938. El 5 de abril registra la primera de ellas: "Entra Andrés en mi habitación. Es un chico muy joven, simpático, guapo y risueño. Inmediatamente me siento encariñado con él y nos tuteamos. Pero es un chico en extremo exaltado, comunista. Ha venido a España atraído por las circunstancias y ha visto a Indalecio Prieto. Se pasea, gesticula y dice cosas horribles como que 'hay que encerrar a estos forajidos de asilados, darles pan duro y agua con veneno'. Me pregunta qué ideas tengo, lo que bien sabe de antemano" (454). Sin embargo, aunque Serrano Palma y Morla

los Pirineos en un tren con luces apagadas. Comenzaba nuestro primer contacto con la guerra. Llegamos a Barcelona en medio de un bombardeo oscuro. Trastrabillamos por la ciudad oscura (Latorre 45).

La entrada en Barcelona, con la constatación inmediata de estar pene-trando en un país en guerra, supone una fuerte conmoción para el plácido poeta, tal y como él mismo expresa en la primera de sus crónicas, en la que alude a Barcelona como una "fragua de sangre" (Valle, "Barcelona, fragua de sangre" 6). Poco después se instala en Madrid y pasa a residir en la casa de la Alianza de Intelectuales (se trata del requisado palacio de los Heredia Spínola, en la calle Marqués del Duero, al lado de la céntrica plaza de Cibeles).

En el número de julio de 1938, *El Mono Azul* publica una suculenta entrevista con Juvencio Valle, que viene además acompañada por el poema "Piedras de Madrid" (dedicado a María Teresa León)<sup>11</sup>. A la pregunta de cuál es la búsqueda que mueve a los escritores extranjeros hacia España, Valle, respondiendo a título individual, destaca: "Yo he venido, por ejemplo, buscando el 'asunto pueblo'. He querido respirar su atmósfera, sangrar o crecer en ella. Y no para satisfacer un apetito literario, sino por adhesión y amor a una causa social" ("Hablando con Juvencio Valle"). Después de celebrar el gran vínculo solidario que une a los intelectuales de su país con la lucha de la República ("Todos han sentido como un duelo propio la muerte del gran García Lorca"), describe con una imagen altamente expresiva el impacto que ya está causando la guerra en el poeta: "Ahora, frente al hecho español, mi espíritu se estrella de lleno contra una realidad brutal y sangrienta, y aquí estoy tratando de desmontarme de un caballo que no sabe ponerse al paso del momento de vida o muerte que tenemos por delante". En estas primeras declaraciones conocidas, como adelanto de lo que se leerá poco después en sus crónicas, ya se refleja el estremecimiento que la guerra origina en su escritura. Pese a todo, Valle defiende con claridad la existencia de una línea divisoria entre dos comarcas, la necesidad de poner a un lado la labor como poeta de la escritura como combatiente, convertida en otra cosa, enajenada de la literatura: "No puedo sentirme como espectador y poner ojos contemplativos cuando está de por medio la tragedia de un pueblo. En todo momento yo me figuro que soy parte en la lucha. Y dentro de ella escribo para combatir, para allegar esfuerzos a la pelea, no para hacer literatura". La conclusión es demoledora: "Ardiendo dentro de una espantosa hoguera, yo no creo que se pueda producir una literatura". De manera consecuente con sus palabras, la poesía bélica de Juvencio Valle, comparada con la de otros poetas hispanoamericanos que visitaron la guerra y vieron transformada su estética, es escasa y de huella tenue.

---

Lynch se encuentran en no pocas ocasiones, también van a sufrir algunos desencuentros; el primero, dos días después: "Andrés está exaltado y tenemos un altercado a propósito de los asilados. Lo mando a buena parte. Nos separamos" (Morla Lynch, *España sufre* 457-458). En las páginas siguientes va a detallar que Serrano Palma desempeña su trabajo en la sección de la "Prensa Extranjera".

<sup>11</sup> La entrevista reaparece posteriormente en *Frente Popular*, Santiago de Chile, 3 de octubre de 1938, p. 5.

Aunque su paso por España no se encuentra profusamente documentado, el año y medio que vive en tierras españolas le permite establecer algunas relaciones con los escritores españoles. Según Volodia Teitelboim, Valle frecuenta durante estos meses la amistad de Manuel Altolaguirre, León Felipe, Rafael Alberti y Vicente Aleixandre, entre otros (12). No obstante, sobresale entre todos ellos el nombre de Miguel Hernández, con quien parece fácil imaginar que Valle pudiera entenderse en la pasión mutua por la naturaleza. Casi dos décadas después, Valle lo iba a recordar de manera luminosa: “Fui amigo de Miguel Hernández, quien repentinamente había surgido como el más fulgurante de los poetas. Tenía veintiocho años, vestía como campesino; traje de pana y gruesos zapatones que crujían como pasto. Hablaba a borbotones, llevaba la cabeza rapada al cero, su rostro era tostado al sol...” (Teillier). La dedicatoria que le escribe el de Orihuela en un ejemplar de *Viento del pueblo* –casualmente recuperado muchos años después por otro joven del Sur, el poeta de los lares Jorge Teillier– da testimonio del momento histórico que viven y de la amistad que los une:

Juvencio: aquí tienes este libro escrito con el entusiasmo, la pasión y la precipitación que el clima dramático en que España empuja sus cuerpos me han exigido fatalmente.

Nuestra labor está tremendamente arraigada a cuanto sucede en relación con nosotros sobre la tierra y ya veremos cómo lo hacemos con más proeza.

Salud por Delia y por Pablo, Salud y abrazos. Miguel. Madrid, 4 de septiembre 1938 (Teitelboim, 12).

Juvencio Valle se queda en España hasta el final del conflicto, sin que se tenga noticia precisa de sus movimientos hasta los últimos meses<sup>12</sup>. A partir de entonces podemos saber algo más por las páginas que escribe su compatriota el diplomático Carlos Morla Lynch<sup>13</sup>. En marzo de 1939, cuando

<sup>12</sup> En octubre de 1938, el diario *La Vanguardia* recoge unas declaraciones del “poeta chileno Juvencio Valle, que se encuentra en Madrid”, en las que apoya el recientemente constituido Frente Popular chileno encabezado por Pedro Aguirre Cerda (“Interesantes manifestaciones del ilustre...”, 1938).

<sup>13</sup> Tras su paso por París, Carlos Morla Lynch (1885-1969) llega a Madrid en 1928 como Encargado de Negocios de Chile. Un día de marzo del año siguiente encuentra en una librería de la Gran Vía el *Romancero gitano* de Lorca y queda hechizado: “Me llevo el volumen al hotel y lo leo de punta a cabo, fascinado, dos veces, tres veces [...] Pero no quiero seguir leyendo... y cierro el *Romancero*. Lo que quiero ahora es conocer a Federico” (Morla Lynch, *En España con Federico* 60-61). En efecto, ambos se conocen y traban tan íntima amistad que Lorca le dedicará a él y a su mujer el *Poeta en Nueva York*. El salón de Carlos Morla se convierte en uno de los epicentros bullentes de la cultura madrileña durante la República; por él no solo pasa Lorca, sino muchos jóvenes que pronto se convertirán en figuras literarias de la talla de Pedro Salinas o Jorge Guillén, además de otros hispanoamericanos como Victoria Ocampo y chilenos como Vicente Huidobro, Pablo Neruda o Gabriela Mistral (Trapiello, 114-119). Cuando el embajador Aurelio Núñez Morgado huye de España en abril de 1937, Carlos Morla toma las riendas de la Embajada y se convierte en el embajador *de facto*. Es Morla quien se enfrenta a la polémica situación en torno al derecho de asilo y acaba dando refugio en las dependencias de la Embajada a más de dos mil personas que alegan correr peligro de muerte en el Madrid republicano (entre los más conocidos están

la guerra ya está decidida, Valle pide protección a la Embajada de Chile. Abandona el palacio de la Alianza de Intelectuales y se instala primero en el llamado "Refugio para chilenos" de la calle Santa Engracia, y después en la propia Embajada. Además, le es asignada una pequeña renta mensual. En los *Informes diplomáticos* Morla Lynch cuenta que hace las gestiones para permitir que el "joven poeta chileno" salga de España, pero al parecer este decidiría quedarse (Morla Lynch, *Informes* 187). Es más explícito, como es lógico, en las páginas de su diario personal, donde lo retrata pasando no muy buenos momentos a fecha de 31 de marzo: "Juvencio Valle, el poeta chileno, agriado y aterrado, no quiere salir 'por no levantar la mano a lo fascista'" (279)<sup>14</sup>.

Por otro lado, Juvencio Valle aparece en los testimonios de Morla Lynch como el intermediario que lleva a Miguel Hernández a la Embajada de Chile para que también a él le otorguen el asilo. Es un asunto delicado, habida cuenta de la implacable denuncia que formulará Pablo Neruda en sus memorias, donde hará desfilar como un decidido traidor a Morla Lynch, acusándolo indirectamente de la muerte de Miguel Hernández: "El embajador en ese entonces, Carlos Morla Lynch, le negó el asilo al gran poeta, aun cuando se decía su amigo. Pocos días después lo detuvieron, lo encarcelaron. Murió de tuberculosis en su calabozo, tres años más tarde. El ruiseñor no soportó el cautiverio" (Neruda, *Confieso* 171-172). Sin embargo, la versión que da Morla del asunto en los *Informes diplomáticos* es bien distinta:

Acompañado de Juvencio Valle acude a mi despacho el poeta Miguel Hernández. Lo conozco y lo aprecio. Ha escrito mucho a favor de los "leales": un folleto lleno de odio, en extremo funesto para él ante la situación que se acerca, titulado "Franco traidor"; es autor, además, de muchas otras publicaciones en contra de los nacionalistas y el peligro en que se encontrará en breve es inminente [...].

En vista de la situación en que se encuentra le digo que, llegado el momento de la hecatombe final, se asile en la Embajada.

---

los falangistas Rafael Sánchez Mazas y Samuel Ros). De mentalidad aristocrática y amigo de los intelectuales republicanos, nadie como él para moverse entre dos aguas y manejar tan complicada situación; pese a que tiene la oportunidad de abandonar el barco y salir de España, decide quedarse por el deber moral de socorro al que ya no puede renunciar. Acabada la guerra, se vuelven las tornas y son los republicanos (aunque en un número mucho más reducido, inferior a la veintena) los que se acogen a la protección de la Embajada. Morla es destinado entonces a Berlín, aunque volverá al Madrid franquista en la década de los sesenta a pasar sus últimos años.

<sup>14</sup> Carlos Morla Lynch y Juvencio Valle se conocen el 9 de enero de 1939, a juzgar por la descripción que del poeta hace el diplomático en las páginas de su diario personal: "Visita, llamado por mí, de Juvencio Valle, poeta chileno, muy rojo, muy desconfiado y corresponsal especial de *La Opinión* de Santiago. [...] Aparece un muchacho joven, ni simpático ni antipático, pero que siento lejano y desconfiado. Pero lo trato cariñosamente, lo tuteo y hablamos de los poetas amigos, que él también conoce: Vicente Aleixandre, Neruda, Cernuda, etc., y se va acercando. Me enviará sus poemas. Lo dejo hasta la puerta y me dice 'que agradece la afectuosa cordialidad con que lo he recibido[']'. Venía -agrega- receloso 'porque los funcionarios diplomáticos son siempre tan tercicos'" (Morla Lynch, *España sufre...* 656-657).



Días después, preocupado con el muchacho, mando llamar a Juvencio Valle. Me dice que Hernández ha declarado que "no se albergará en sitio alguno porque lo considera como una deserción de última hora" (Morla Lynch, *Informes* 195-196).

Tanto Hernández como Valle van a ser encarcelados poco después, cada uno por su lado. En los agitados días primeros de la postguerra, Juvencio Valle es detenido a pocos metros de la Embajada de Chile: en su bolsillo encuentran una carta de Pablo Neruda que lo involucra en las gestiones para liberar a Miguel Hernández. La consecuencia inmediata van a ser tres meses y medio de reclusión en la cárcel de la calle General Porlier; a medio plazo, una experiencia profundamente traumática. Las gestiones de la Embajada Chilena y de la Alianza de Intelectuales de Chile consiguen al cabo ponerlo en libertad.

A partir de su regreso a Chile a finales de 1939, la prensa del país americano busca las palabras del poeta chileno que ha sido prisionero de guerra en España. Así, la revista *Qué Hubo* publica una entrevista con él bajo el título "Habla el poeta chileno que estuvo preso en las cárceles de Franco" (*Qué Hubo*, 12 de diciembre de 1939)<sup>15</sup>. La palabra del corresponsal convertido en actor de la guerra es una información codiciada y su relato de la estancia en prisión no deja duda alguna de su sufrimiento:

iUn horror! Mi primera impresión al llegar allí fue de inmensa desolación. Imagínate que esa cárcel tenía capacidad para mil presos y había cinco mil. Se me cayeron las lágrimas cuando entré en un pasillo inmenso, donde había centenares de hombres tirados en el suelo, muchos de ellos sin un mísero colchón, en medio de una atmósfera cargada de olores, de humo, de emanaciones; una atmósfera densa, como para cortarla con cuchillo. Allí reinaban los métodos de Franco, es decir, el maltrato, los puntapiés, las injurias, las bofetadas y... (ctd en Olivares Briones, 643).

Una semanas después, el 9 de enero de 1940, Juvencio escribe para la misma revista un dolido testimonio en primera persona y una apremiante denuncia que lleva por título "España entera es ahora una cárcel y un matadero"; en ella avisa que "en este mismo instante, centenares de hermanos en desgracia, millares en toda España, caen sacrificados cobardemente al golpe de esta inmensa e innoble cuchilla del Estado". Y no será su último texto testimonial: unos meses después aparece una segunda crónica, más calmada y menos urgente, sobre sus "Recuerdos de Madrid" (*Qué Hubo*, 18

---

<sup>15</sup> A modo de anécdota, el periodista anónimo se permite en la introducción una chanza acerca del proverbial carácter silencioso de Valle: "Una entrevista con Juvencio Valle es bastante difícil, puesto que Juvencio pocas veces habla... Cuando sus primeras aventuras en la capital de España, cuando convivía con los poetas españoles de su edad y su temperamento, solían llegar a Chile noticias que decían: 'Hemos estado muy a menudo con Juvencio Valle, pero no lo hemos oído'" (Olivares Briones, 641-642).

de mayo de 1940)<sup>16</sup>. En cualquier caso, el dantesco final de la experiencia española para Juvencio Valle dejará una herida ardua de cerrar, difícilmente compatible con el sereno ejercicio de la poesía. Muchos años más tarde, en otra entrevista, el poeta de Nueva Imperial compendia en pocas palabras y de manera contundente su experiencia española: "Como dije, fui a España a ver la guerra civil. La vi, la sufrí y estuve arrepentido de haber ido. Era tan horrendo aquello" (Mercado 156).

## 2. Bautismo de fuego del poeta vegetal

Un fugaz repaso por la fortuna crítica de Juvencio Valle enseguida pone de manifiesto la reiteración de la etiqueta de "poeta vegetal" con que lo denominara Arturo Aldunate Philips (1938). Sus lectores contemporáneos han reincidido una vez y otra en su más obvia característica: la omnipresencia absoluta de la naturaleza en su obra. La panameña Teresa López de Vallarino, en una conferencia pronunciada en 1947, señalaba: "La poesía de Juvencio Valle es sinfonía vegetal; gama de verdes en el lienzo del alma; milagroso mimetismo que lo funde con el paisaje y lo rescata al mismo tiempo; tal sus poemas en donde vibra la voz de la naturaleza robustecida por la voz del poeta" (19-20), y proseguía: "Yo llamaría Poeta Vegetal a este que lleva en los ángulos de la frente, en los gestos y en la voz, en el silencio, en los nervios, toda la flora chilena, toda la flora del mundo" (21). En la misma línea, el chileno Manuel Rojas describía a su compatriota como un "poeta de la vida vegetal, de la humedad, del lento crecer, de las relaciones que tienen con el ser humano; su biografía es como la del árbol del bosque; nadie sabe cómo asomó a la superficie y creció. Se sabe solo que nació, amó a los árboles del sur y los cantó" (Gómez Bravo, 203). El adjetivo "vegetal" aparece indisolublemente ligado al nombre del poeta.

Lo que resulta evidente es que en el momento de viajar a España, la propuesta lírica de Juvencio Valle bascula sobre una voz apegada de manera firme a la tradición que explora el mundo mediante las revelaciones de la naturaleza. Sin ir más lejos, la poética –"Estética"– que inaugura sus poemas en la *Antología de poesía chilena nueva* de 1935 comienza con una significativa declaración en este sentido: "Un suceso inesperado, el súbito crecer del árbol viejo, la niña que se volvía princesa, son para mí como silabarios donde aprendo a conocer las cosas del otro mundo" (201). El resto del texto elabora una concatenación de elementos naturales y de animales (la violeta, la semilla, el árbol, la leche, la bellota, el viento, la golondrina, etc.) conectados mediante la visión admirada del poeta, que les infunde una vida más allá de la biológica, una conciencia superior a la vegetal: "Yo fijo mi atención en la tierra, le exijo a mi sombra que se tienda largamente en el camino para que ausculte –corazón a corazón– el húmedo devenir de los tallos" (202). Los poemas que suceden a esta declaración de principios cumplen cabalmente con el propósito; baste para comprobarlo echar un vistazo a títulos como "Piscina interior", "La flauta", "Bosque", "Claustro campesino", "Humo de la tierra", "Árbol de paraíso" y "Paisaje arriba", entre otros.

---

<sup>16</sup> Los tres textos de esa revista, que no he podido consultar de primera mano, son recogidos total o parcialmente por Olivares Briones (494-505; 641-649).

La mirada de Valle, ejercitada en las manifestaciones de la naturaleza, deberá contemplar en España el espectáculo atroz de la guerra; su escritura, adiestrada para el canto vegetal, habrá de enfrentarse a lo descomunal del relato bélico. Bajo esta luz, el interés de las crónicas de Valle como testigo presencial de la Guerra Civil se multiplica al leerlas en busca de esta singularidad, de la mudanza de un poeta de la Arcadia a los ardorosos territorios de Marte.

El primero de sus relatos publicados en *Ercilla*, donde describe su entrada en España y su paso por Barcelona, es altamente revelador de este contraste ya desde el párrafo inicial. Su primera reacción al poner un pie en tierra española (la pirenaica localidad de Puigcerdá) es escrutar un paisaje natural en el que la guerra, aunque todavía invisible, tiene una presencia casi tangible:

La Tour de Carol es mi última estación francesa y Puigcerdá mi primera tierra de España. Con ancho pulmón respiro el aire saludable de las montañas de esta vieja tierra española. Y como creo encontrar, hasta en la atmósfera cristalina de los Pirineos, el tenso y vibrante clima de la guerra, hago un remolino con mis brazos, adelanto el pecho, enarco las uñas para probar si encuentro una resistencia bélica en el aire. Estoy en plena cordillera y la nieve se extiende en pequeñas manchas redondas a la orilla de las rocas. Frente a mi vista está la vieja tierra de mis antepasados convertida en un volcán espantoso. Me inclino con miedo, como delante de un precipicio, para mirar hacia ella, y desde el fondo del valle algo como una mano poderosa me tira violentamente hacia el abismo (Valle, "Barcelona, fragua de sangre" 6).

No cabe duda de la necesidad de leer estas líneas inaugurales como el anticipo de la lucha sostenida que va a tener lugar a lo largo de todas las crónicas de Juvencio Valle, atravesadas por la equilibrada batalla entre la vida y la muerte. En este caso, al "ancho pulmón", al "aire saludable" y a "la atmósfera cristalina" del paisaje montañoso se oponen "el tenso y vibrante clima", "una resistencia bélica en el aire" y "algo como una mano poderosa [que] me tira violentamente hacia el abismo". Es la personificación de la guerra, el resultado de que España se haya convertido "en un volcán espantoso".

Tras un pacífico interludio, donde prosigue su viaje en tren confraternizando con los soldados, tiene lugar el avistamiento nocturno de Barcelona, objetivo en ese momento de un bombardeo. El escudo antiaéreo busca con sus reflectores los aviones enemigos, los proyectiles se cruzan en la noche y las columnas de fuego se elevan sobre la ciudad. Tras haber presenciado la huella de la guerra (los escombros causados por las bombas sobre la estación de Puigcerdá), el poeta se encuentra ahora por vez primera en presencia de la guerra misma. Su contemplación tiene algo de representación teatral ("desde la ventanilla del coche, cómodamente como desde la butaca de un palco, veo [...]"; "ese manífico [sic] teatro de operaciones") pero al cobrar conciencia de su dimensión real, el efecto es inmediato, no solo respecto

de su persona, sino de la condición nuclear y profunda de escritor vegetal: "una corriente húmeda me comienza a correr por todo el cuerpo. Una fuerza violenta me sacude los nervios y me expulsa de mi abstracción. Mi plácida poesía campesina tiene ya, en su primera hora de España, su indeleble y estremecedor bautismo de fuego"<sup>17</sup>. Con toda esta carga semántica, la escena del bombardeo nocturno sobre Barcelona se constituye como uno de los momentos culminantes del relato.

Un segundo bombardeo sobre Barcelona (esta vez diurno) va a provocar de nuevo el espanto del poeta, quien, tras describir truculentamente las salvajes consecuencias del ataque, busca el contacto con la vida natural como un imperativo del instinto: "Me aparto temblando de esa visión horrenda, dando diente con diente, hueso con hueso. Echo a andar por calles desconocidas, salgo al campo, me tiendo de bruces sobre la hierba fresca" (6). Por otra parte, esta tendida sobre la hierba fresca recuerda de manera inevitable a la descripción recientemente citada que presenta en la "Estética" de la *Antología de poesía chilena nueva*: corresponde cabalmente con aquella imagen de su sombra en el camino auscultando "el húmedo devenir de los tallos".

La llegada a Madrid y el descubrimiento de la guerra en la capital no solo no van a atenuar su búsqueda vegetal, sino que van a verla reforzada. La publicación de una segunda crónica en *Ercilla*, firmada en julio de 1938, subraya la dirección apuntada en la primera: los relatos bélicos de Valle consisten en la puesta de manifiesto de los movimientos de la vida natural en su resistencia a la destrucción de los hombres. Ya las primeras frases de la crónica dibujan una escena campestre en la que los madrileños combaten la proliferación de ruinas mediante las plantaciones:

En los eriales de las casas derrumbadas, donde se ve tierra viva al descubierto, los vecinos hacen curiosas plantaciones. Acuden con picos y palas, limpian de piedras y ladrillos el terreno, y plantan lechugas, apio, cebollas, todo lo que es producto de la tierra y apto para la mesa. Aún, a veces, estos plantíos se alargan hasta por encima de las calles, cuando estas han sido cegadas por los parapetos. No se pierde un palmo de tierra. Además, las rejas de hierro, las planchas de zinc, los adoquines, sirven de vallado: y las mohosas cañerías, con sus muñones a flor de tierra, desanudan sus hilos de agua en las propias raíces de las plantas (Valle, "Sin alardes de su dolor", 9).

Valle dirige su foco a la naturaleza de la ciudad: la descripción morosa del crepúsculo, el piar de las golondrinas, la presencia del barro como un elemento vivo en la vestimenta de los milicianos. Es curioso comprobar cómo lo que lo atrae de la ciudad no es el elemento urbano, sino aquello que la ciudad tiene

---

<sup>17</sup> La aseveración, aunque comprensible por la intensidad emocional del instante, habrá de ser matizada en las siguientes páginas de este trabajo, cuando emprendamos el análisis de sus textos estrictamente poéticos.

de rural. Elementos como las raíces, el agua y la tierra, omnipresentes en sus crónicas, son lo más fundamental en un escenario solo parcialmente desolado por la guerra: "Si no fuera por el estruendo horroroso de los obuses, esta vida de Madrid sería de una tranquilidad virgiliana". Frente a la temporalidad de la guerra, la esencia vegetal mantiene su carácter perdurable.

Es necesario aclarar algo: no se trata de que Valle hable únicamente del gobierno de la naturaleza en Madrid, sino de que, hable del asunto que hable (los soldados en la retaguardia, los ciudadanos en sus desplazamientos por el centro de la ciudad, los lances del amor en guerra), lo hace *como si* hablara de la naturaleza, a la que tiene siempre por referente inmediato. En cuanto su escritura se vuelve, aunque sea mínimamente, hacia la función poética del lenguaje, su diccionario íntimo imprime su sello personal y sale a la luz, desbocada, la metáfora botánica: "Pero la flor más maravillosa en este pueblo es la moral. No necesita cultivos especiales, crece sola como la planta que reconoce su tierra y su clima". De entre todas las imágenes posibles, la elegida siempre es la flor, la planta, la raíz, el agua.

Uno de los pasajes más reveladores en esta dirección –y al mismo tiempo más productivos en el plano estético– es la descripción de las trincheras de Madrid. Hito recurrente, otros escritores hispanoamericanos las han recorrido y las han descrito con entusiasmo, sabedores de encontrarse en el epicentro de las batallas; ninguno como Juvencio Valle, sin embargo, es capaz de hallar en las oscuras galerías subterráneas la incomparable exuberancia de la vida vegetal. Con las siguientes palabras se inaugura la tercera crónica, publicada una semana después:

Estoy en el oscuro corazón de la tierra. Y aquí no solo veo producirse la muerte; veo también, con ojos maravillados, el imperceptible comienzo de la vida. Las raíces ciegas se alargan en la sombra y la gota cristalina se enlaza a los anillos temblorosos de la planta. Ahora me explico claramente de qué manera tan simple los árboles viejos echan brotes nuevos; sé por qué las flores se iluminan con los más vivos atributos del iris. Es que estoy viendo moverse las manos de la tierra. Veo sus uñas incesantes, su áspera boca nocturna. Aquí abajo se generan las grandes arquitecturas de la tierra. Mi sangre de campesino lo sabe y se precipita victoriosa como la savia en los troncos (Valle, "Madrid no ha perdido", 6).

El pasaje habla por sí mismo: en lugar de conmoverse ante la brillante organización humana, el despliegue de las estrategias militares en tan reducido espacio o la prolongada y dificultosa estancia del hombre enterrado en vida, Valle se maravilla de encontrarse "en el oscuro corazón de la tierra", de descubrir la existencia subterránea de la planta, de contemplar (osada prosopopeya) las manos, las uñas y la "áspera boca nocturna" del subsuelo. No le interesa tanto la construcción humana como la "arquitectura" natural que esta deja ver al horadar la tierra. La última frase subraya la condición campestre del poeta y recurre a un elocuente y característico símil botánico: "como la savia en los troncos".

De un tono mucho más descorazonado que las anteriores, la crónica del viaje por la costa entre Barcelona y Valencia ("Despavoridos huyen los labriegos españoles: la metralla siega las vidas y devasta los campos") revela que en la batalla librada entre la naturaleza y la destrucción no siempre la primera obtiene la victoria; en ocasiones la muerte gana la partida y hace retroceder a la vida. El relato comienza a la manera habitual con la descripción del paisaje idílico del Levante, donde la acumulación de "grandes viñedos", "extensos olivares" e "inmensas plantaciones de naranjos" lleva a la conclusión inevitable de que no puede ser sino "el bíblico paraíso de los hombres". Incluso la descripción de las ciudades costeras –Sitges, Benicarló, Valencia del Cid– está atravesada por las "palmas centenarias" y los "olores frutales". No obstante, se produce de forma repentina una furiosa fractura: "Pero yo hablo de lugares asediados por la muerte. No nos engañan los almendros en flor, los naranjos de frutos de oro, las plácidas huertas levantinas. Eso era de ayer, hoy todo está envuelto en humo. El cielo tiene dinamita y en los rincones más inesperados espera la muerte. Hay que desconfiar hasta de los frutos de la tierra porque seguramente están llenos de pólvora mortífera" (Valle, "Despavoridos huyen" 10). La imagen resulta muy poderosa, y en particular al ser puesta en boca de quien hasta el momento ha confiado en el poder salvífico de la naturaleza: ahora hay dinamita en el cielo y los frutos de la tierra llevan aparejada una dosis letal. La muerte, con atributos humanos adquiridos –el asedio, la espera–, multiplica notablemente su capacidad de horror.

Sin embargo, la mayor crisis del poeta vegetal en la España en guerra (me refiero, por supuesto, al plano textual, dejando a un lado aquello vivido y no contado, más difícil de conocer y menos interesante a este respecto) aparece ya en la primera de las crónicas, la narración de Barcelona, por lo que me permito retroceder de un salto al relato inicial del bautismo de fuego. En la capital catalana, el "volcán espantoso" que ha imaginado en las montañas de Puigcerdá tras atravesar la frontera se transmuta en una imagen mucho más acorde con el medio urbano: es "una fragua de sangre". El bombardeo próximo a su hotel lo sume en la situación de mayor desesperación en que podemos verlo a lo largo de las crónicas. Cuando todo se estremece y despedaza a su alrededor, sale a la calle en un estado de máxima excitación ("sujetándome el alma con las manos") y se enfrenta a una visión terrorífica, descrita mediante una enumeración caótica que da buena cuenta del aturdimiento de su mirada, del rompimiento de la entraña vegetal:

La calle está llena de sangre. Es una sangre roja, negra, verde a veces. Avanzo por entre los cuerpos y los charcos, saltando, haciendo tijeras con las piernas, sujetándome el alma con las manos. El humo, la pólvora y la tierra se me entran hasta la garganta y me asfixian. En el punto mismo de la catástrofe la calle es un océano de piedras inmensas, de hierro, de muros desplomados, de ropas revueltas. Hay armarios, retratos, libros, teléfonos, máquinas de coser, sombreros, maletas en el barro sangriento de la calzada. Hay despojos humanos, cocinas, sábanas, tinas de baño, muñecos, teclas de piano, escaleras, lazos de seda, herramientas, toallas. Hay tranvías, automóviles y pasajeros,

completamente carbonizados. Hay gritos de niños heridos, lamentos de mujeres, gruesas y silenciosas lágrimas de hombre (Valle, "Barcelona, fragua de sangre", 6)<sup>18</sup>

### 3. Las huellas de la guerra en el proyecto literario

Además de las crónicas de guerra enviadas desde España, Juvencio Valle es autor de varios textos que tratan, desde la perspectiva de la prosa y de la poesía, el tema de la Guerra Civil Española. Aunque convertido de manera transitoria en periodista, su condición de creador (fundamentalmente poeta) lo lleva a abordar el colosal asunto bélico mediante distintos ejercicios de escritura. ¿En qué medida la guerra entra a formar parte de su personal proyecto literario?

Como a tantos otros, la noticia de la muerte de Federico García Lorca lo empuja a escribir un texto elegíaco<sup>19</sup>. "Federico García Lorca" aparece en la revista de la Sociedad de Escritores Chilenos (*SECH*) en diciembre de 1936; aunque se trata en esta ocasión de un artículo en prosa, el manifiesto tono lírico lo emparenta en algún sentido con el espíritu de la poesía. El dolor insondable que habitualmente caracteriza a la elegía es reemplazado aquí por una paradójica vitalidad, pues García Lorca habría comenzado un proceso de fusión con la naturaleza y reencarnación vegetal. La imagen del (hipotético) en-tierra es apropiada semánticamente por Valle para interpretar la unión del cuerpo humano con la tierra, del mismo modo que su posterior metamorfosis, como un proceso vinculado a la vida y no a la muerte: "Porque la tierra tuya no es la tierra de la muerte, sino el campo verde donde escarban los toros más bravos de España. Es el campo libre donde las bestias se lamen y procrean, donde los escarabajos hacen su púrpura más pura. Es la tierra de los ejércitos y de los trenes, de los trigos y de la [sic] golondrinas". De este modo, la muerte del poeta español se transforma en un prodigio estallido de vida animal y vegetal, donde lo acompañan, en una lista incompleta, las palomas, los caracoles, los grillos, las raíces de laurel, el rocío, el Guadalquivir, los naranjos, amén de otros elementos que hacen acto de presencia mediante

<sup>18</sup> Al leer esta estremecedora enumeración caótica, resulta imposible no pensar en Pablo Neruda, su paisano y amigo y también enfrentado al trauma de la guerra en Madrid. No solamente "la calle [...] llena de sangre" de Valle recuerda a la desgarrada interpelación del poema "Explico algunas cosas" de Neruda –"Venid a ver la sangre por las calles, / venid a ver / la sangre por las calles, / venid a ver la sangre / por las calles!" (Neruda, *Obras completas*, 371)–; también hay un puente inequívoco con un poema anterior como "Walking around" –que Valle ha leído indudablemente–, donde la contemplación de la ciudad hostil (cuyo efecto es el dolor, aunque en el caso de Neruda se relacione más con el hastío que con la muerte) se expresa mediante el mismo recurso retórico, el mismo acumulativo desorden que es fiel reflejo del caos de quien lo piensa. Así, las "lentas lágrimas sucias" que clausuran el poema de Neruda (309) se convierten en la narración de Valle en unas "gruesas y silenciosas lágrimas de hombre".

<sup>19</sup> El impacto de la muerte de Federico García Lorca es abrumador en América Latina; además de los países que visita personalmente en sus dos viajes transoceánicos (Cuba en 1930 y Uruguay y Argentina en 1933-1934), hay que sumar todos aquellos a los que llega como autor del *Romancero* gitano y también, pronto, como mito. Matías Barchino y Niall Binns señalan cómo "Chile no pudo mantenerse aparte de esta congoja provocada por la muerte del granadino", intensificada por medio de las figuras de Pablo Neruda, amigo personal del poeta, y María Zambrano (Barchino y Binns).

la retórica de las comparaciones (“te adivino en cuerpo vegetal, cual un árbol morado: cual un romero, por ejemplo”). En esta suerte de panteísmo naturalista, el cadáver del poeta es condecorado (“mi inmenso capitán encendido, mi dulce soldado de la patria”) por la muerte con las insignias vegetales: “Ahora ya tienes a tu heroica tierra española sobre el pecho. [...] ella te da con mano larga su espeso vino negro y pone un campo de pasto en tu mirada. [...] Y es que los olivos ya te crecen en el ojal infinitamente, ya desbordan sobre tu pecho su larga cosecha de aceitunas: sus copas desbordantes son como surtidores que derramaran aceite de victoria” (Valle, “Federico García Lorca”, 11-12). Con todo esto, es fácil identificar que ya este trabajo, previo a las crónicas analizadas en el apartado anterior, pone de manifiesto el reiterativo repertorio de elementos naturales de su poética.

Su primer poema conocido pertinente a la Guerra Civil lleva por título “España”, y es el texto con el que participa en la antología *Madre España* publicada en Chile en enero de 1937 (*vid. supra*). Aunque no incluye alusiones explícitas a la guerra (acaso innecesarias, debido a que el contexto del libro ya sitúa el poema), no es difícil encontrar en sus versos pruebas de solidaridad con la España trabajadora, a la que se dirige en un apóstrofe que tiene algo de invocación: “Oh, España, la del único diamante verdadero, / la que tiene una pluma ardorosa en la frente”. Juvencio Valle celebra a sus “mineros, gloriosos como davides” y a sus “obreros que tienen la frente en la ceniza”; además, describe cómo “se levanta también tu puño como una espada seca”. Lo que resulta extraordinariamente curioso del poema es la manera en que a la escritura bucólica de Valle llegan al mismo tiempo la vanguardia y el compromiso: este poema es una buena muestra de ello, pues en él las imágenes audaces y el considerable hermetismo (lo que se hace evidente sobre todo al comparar el texto con el resto de su producción) conviven con la exposición de una ideología inequívoca, manifestada por ejemplo en una poco sutil insistencia cromática y en el elocuente “sol de amapola”:

Arde el cardo silvestre en la mano empuñada  
y el duro carbón de piedra en el ojo encendido;  
arde un sol de amapola lo mismo que una abeja,  
lo mismo que una inmensa raíz de pelo rojo  
del norte al sur guerrero arde una lengua (Valle, “España”, 34).

Enfrentado a las dos nuevas corrientes que tensionan su poesía –la vanguardia y el compromiso–, el bucolismo no desaparece, ni siquiera remite: se transforma y acaso se violenta pero permanece y sigue dando rienda suelta a un imaginario poblado de culebras, caballos, abejas, toros, hormigas, caracoles y otros animales. Parecido es el efecto sobre los reinos vegetal y animal, condensados en las dos últimas estrofas del poema –el inventario es extenso: trigo, aceite, cardo, naranjos, claveles, tréboles maduros, anillos, raíces (omnipresentes raíces), vasos y túneles, salmuera, greda, piedras, fierro, carbón y barro–, lo que puede ser interpretado como una reivindicación o victoria final de esos elementos sobre las agresiones múltiples de la guerra.

El siguiente poema conocido de Valle aparece ya en Madrid en julio de 1938, acompañando a la entrevista publicada en *El Mono Azul*. “Piedras



de Madrid" es un poema acerca de la guerra (donde no aparece la palabra *guerra*) y también una larga prosopopeya donde las piedras de la ciudad "cantan sus dolores terrestres": lloran, sufren, tiemblan y son heridas. Las piedras de la ciudad son la metonimia del sufrimiento de sus habitantes (sobre ellas se imprime además la tan frecuente "sangre de los niños"); así, transmutada por el dolor de la guerra, la piedra es carne blanda y es también animalizada<sup>20</sup>. El procedimiento de Valle es siempre el mismo: la traducción al lenguaje natural y a los íntimos referentes con los que él intenta una y otra vez explicarse el mundo:

Congoja viva, pasmo desesperado en la garganta,  
ahora las piedras son animales despavoridos,  
palomas degolladas, caballos que relinchan,  
bestias temerosas y recelosas que sienten  
cómo se adentra el cuchillo en sus huesos (Valle, "Piedras  
de Madrid", 3).

El texto se construye mediante paralelismos y enumeraciones caóticas que reúnen a lo vegetal y lo animal junto con los restos materiales, todos igualados en el denominador común de la muerte: "Piedras puras y leales de Madrid, cómo tiemblan / tumbadas en una pira de corolas violentas: / cornisas, cañerías, sangre seca, agua ciega, / fierro, coches, raíces, estrellas y palomas". Por otra parte, Valle mantiene su austeridad en el plano formal, donde no efectúa piruetas llamativas: 52 versos con rima libre y predominio del metro alejandrino.

Terminada la guerra y de regreso en Chile, en 1941 Juvencio Valle da a la imprenta de Cruz del Sur su siguiente libro de poesía: *Nimbo de piedra*. No hay en él el resultado de una hipotética conversión a la poesía política; las huellas del bautismo de fuego que habría incendiado su poesía campesina son en todo caso muy tenues. Entre los habituales himnos vegetales, tan solo un poema –el segundo– sitúa al lector en España (en una España, por otro lado, muy particular). Su título, "Relación de España", enlaza al texto con la tradición de las crónicas de Indias, donde se hace relación de lo visto y oído por el cronista al otro lado del Atlántico. En este sentido, las expectativas podrían verse defraudadas: el poema tiene un escaso valor documental –no pretende tenerlo, en cualquier caso– y pertenece al mismo impulso creativo que ha generado todos los demás. Se trata, no obstante, de un poema largo (178 versos) y dividido en tres partes, donde la central la ocupa el poema ya examinado como "España" en la antología de 1937 (idéntico, salvo que se han suprimido los dos versos finales); la primera y la tercera (con diferencia la más breve de todas) son adiciones que engrosan y multiplican el poema primigenio. En la primera parte, y pese al vislumbre de la guerra ("tu nimbo guerrero tallado a flor de pecho"), predomina la descripción edénica de España, con la habitual exuberancia de la vida que ya ha sido subrayada en el análisis de textos anteriores; nadie como Juvencio

<sup>20</sup> Al contrario de cuando la animalización se produce en seres humanos, donde siempre tiene una connotación negativa que implica una rebaja de su capacidad racional, en el paso de lo mineral a lo vegetal hay un aumento de su condición sensitiva, un salto hacia la vida.

Valle, sin embargo, para alumbrar imágenes tan sugerentes como “un agua con un pez de luz bailando adentro” o un cielo tan alto que “ni las palomas suben, los pájaros se caen”. Una enumeración de ríos y una mención a Alfonso X el Sabio proviene directamente de una de las crónicas de *Ercilla*<sup>21</sup>. Los 16 versos que concluyen el poema en la tercera parte sirven de coda y subvierten mediante la comparación con la seda y el hierro los parámetros de fortaleza y delicadeza que constituyen la índole española; así, de manera paradójica la seda se identifica con los elementos destinados a la guerra (el tren blindado, las armaduras, las carabinas, “tu comida triste”), mientras que el hierro corresponde con la esencia vegetal, pero también con el valor y la bravura de su defensa:

España, no es de seda, es puro hierro,  
la lila frágil que te ofrece el alba,  
hierro tus rosas vírgenes, y hierro  
la miel que se desborda por tu pecho.

España, no son de seda, son de hierro  
hasta tus uñas que parecen flores,  
hierro tu voluntad, y puro hierro  
la pólvora que muerdes con tus dientes (Valle, *Nimbo de piedra*, 11-19).

Aunque la guerra ya haya concluido, y también sus consecuencias inmediatas en la escritura de Juvencio Valle, resultaría incompleto detenerse aquí, porque el poeta todavía pergeña algunos textos más que abordan de manera directa o indirecta la Guerra Civil. En 1946, la revista chilena *Babel* edita en Santiago un número de homenaje al pueblo español –al pueblo republicano– “en el décimo aniversario de su resistencia”. Junto con autores de distinta proveniencia<sup>22</sup>, Valle forma parte de la nómina con su poema “Laurel a Pasionaria”. A ella le dedica diversos epítetos que ponen de manifiesto su

---

<sup>21</sup> Así es, ya que en la crónica concerniente a su paso por los campos del Levante, Juvencio Valle recuerda y transcribe el célebre pasaje de la *Crónica General* que comienza diciendo: “España es como el paraíso de Dios, ca riégase con cinco ríos cabdales, que son: Ebro, Duero, Tajo, Guadalquivir, Guadiana; e cada uno dellos tiene entre sí e el otro grandes montañas e tierras” (Valle, “Encontró en el libro” 10). La mención en el poema a estos “cinco ríos de oro” que son “capitales y cabdales como los llamó Alfonso el Sabio” (Valle, *Nimbo de piedra* 13) establece un vínculo directo entre la poesía y la crónica.

<sup>22</sup> La lista completa de autores que participan en ese número de *Babel* es un repertorio de fascinantes historias personales: el húngaro Arthur Koestler, anticomunista converso, que se había salvado de una condena a muerte en Sevilla durante la Guerra Civil (experiencia que da lugar a su estremecedor *Testamento español* de 1937, uno de los textos más cautivadores sobre la guerra española) pero que acabaría interesándose por los fenómenos paranormales y poniendo fin voluntario a su vida; el argentino Luis Franco, que había escrito un poema a Trotsky enfrentándose a Raúl González Tuñón; los chilenos Juvencio Valle y Manuel Rojas, este último de origen argentino, cuya posterior novela *Hijo de ladrón* (1951) lo iba a aupar a la categoría de renovador de la narrativa chilena; el español Bernardo Clariana, profesor de latín y poeta, que terminaría sus sucesivos exilios ahogándose en 1962 en una playa de la Costa Azul francesa; el estadounidense Vincent Sheean, corresponsal de la Guerra Civil para el *New York Herald Tribune* y compañero de Ernest Hemingway y Robert Capa; el polaco Mauricio Amster, tipógrafo de origen sefardita que había llegado a Chile en el *Winnipeg* tras haberse enrolado en España en las milicias populares, de las que había sido licenciado por su miopía; y el director de la revista Enrique Espinoza, pseudónimo de Samuel Glusberg

dominante condición maternal: ella es la "alta madre española" y la "madre desgarrada"; además, con mayor frecuencia se le atribuyen asociaciones del mundo de la naturaleza: "madre pastora", "madre encina", "madre oliva", "madre enredadera". Convertida en emblema atemporal de la maternidad española, sus hijos son en consecuencia los grandes nombres de la Historia y de la literatura, desde los más remotos (Miguel de Cervantes y Francisco de Quevedo) hasta los más contemporáneos y recientemente desaparecidos: "Federico García Lorca y su guitarra, / Miguel Hernández, pastor y su ganado". Pese a que Dolores Ibárruri sigue viva (no morirá hasta 1989), el poema adquiere un tono elegíaco que ha de entenderse como el lamento por la desaparición de una España acabada con la guerra, dolor acentuado por los rigores del exilio: "cómo tocan a duelo las campanas de España / y el sol llora tu ausencia en sus dominios". El rastro del paso de Valle por España queda en este poema en la orgullosa confesión que hace en primera persona: "te conocí en tu puesto, / bien nimbada de pólvora y de flores" (Valle, "Laurel a Pasionaria", 22-23).

En 1950, el poeta Armando Solari<sup>23</sup> publica en la ciudad de Viña del Mar una *Cantata a la muerte de Miguel Hernández*, poema largo que lleva un prólogo de Juvencio Valle, quien de algún modo lo apadrina. Bajo el título de "Retrato de Miguel Hernández", Valle elabora un recuerdo luminoso del hombre con quien trabajó amistad en España. De él destaca su sencillez y su naturalidad, pero por supuesto no pueden faltar el símil vegetal ("con solo tu estatura interior, ya sobresalías como una encina") y las imágenes acostumbradas: "Recuerdo tu cabeza rapada, tus ojos de enorme aceituna, tu nariz echada al viento. Y también tu irresistible impulso de escalar los árboles, de beber el agua pura con las manos, de mordisquear con los dientes la hierba húmeda". Mediante una batería de preguntas retóricas, Valle subraya la pérdida del hombre junto a todo aquello amado por él. No obstante, y como es preceptivo, el texto concluye con un llamado a la esperanza: "el noble barro humano de que eras hecho no ha caído en vano. En la hora de la Resurrección que se avecina, tu nombre será para nosotros himno y bandera" (Valle, "Retrato de Miguel Hernández", 7-10).

Es importante considerar sin embargo todos estos textos como manifestaciones esporádicas de una temática que no cala de manera profunda en su producción literaria. La experiencia de la Guerra Civil Española incide con intensidad en el plano vital, pero en ningún caso supone la metamorfosis de una poética que sí tiene lugar en otros autores (Neruda, Vallejo o González Tuñón como casos paradigmáticos). Difícilmente el asunto bélico, distante de los avatares del reino vegetal, podrá pasar a formar parte del compartimento de su escritura, que, si bien no puede afirmarse que sea estanco, impermeable al contexto vital del poeta, sí da la impresión de ser

---

(1898-1987), argentino-chileno nacido en Chisinau (antiguo Imperio Ruso y hoy Moldavia), fundador de revistas y actor del campo cultural argentino primero y chileno después.

<sup>23</sup> Armando Solari, poeta y ensayista nacido en 1921, aparece en varias antologías chilenas de medio siglo, como la de Víctor Castro, *Poesía Nueva de Chile* (1953) y la de Raúl Silva Castro, *Panorama Literario de Chile* (1961). Es autor de libros de poesía como *Jardines de medianoche* (1941), *Fábula y canto* (1949) y -el que aquí interesa- *Cantata a la muerte de Miguel Hernández* (1950).

en buena medida autosuficiente, de abastecerse de un imaginario forjado en sus inicios con elementos tan sólidos como distantes del horror que impera en los reinos de Marte.

## Obras citadas

- Aldunate Philips, Arturo. "Juvencio Valle: un poeta vegetal". *Revista Hispánica Moderna*, 1938, 2, pp. 105-110.
- Anguita, Eduardo y Volodia Teitelboim (eds.). *Antología de poesía chilena nueva (1935)*. Santiago de Chile: LOM, 2001.
- Barchino, Matías y Niall Binns. "Una plaga de romances. El impacto de la muerte de Federico García Lorca en la poesía chilena". *América sin nombre*, Alicante, Nº 16, 2011, pp. 63-74.
- Barchino, Matías y Jesús Cano Reyes (eds.). *Chile y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur, 2013.
- Binns, Niall. "Trotski, la guerra civil española y el instinto de conservación del surrealismo en Chile". Eduardo Becerra (ed.), *El surrealismo y sus derivas: visiones, declives y retornos*. Madrid: Abada Editores, 2013, pp. 215-233.
- Díaz Arrieta, Hernán ("Alone"). "Tratado del bosque. Poemas por Juvencio Valle". *La Nación*, 23 de octubre de 1932.
- Galindo, Óscar. "Antologías e identidades en la poesía chilena hasta mediados del siglo XX". *Revista Estudios Filológicos*, Valdivia, 2006, Nº 41, pp. 81-94.
- Gómez Bravo, Andrés. *El club de la pelea. Los Premios Nacionales de Literatura*. Santiago de Chile: Aguilar Chilena de Ediciones, 2005.
- Latorre, Marina. *Antonio Machado a través de Pablo Neruda, Juvencio Valle y Acario Cotapos*. Guayaquil: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1973.
- López de Vallarino, Teresa. *Dos poetas de América: Rogelio Sinán, Juvencio Valle*. Panamá: [s.e.], 1969.
- Mercado, Raúl. "Conversación con Juvencio Valle". *Araucaria de Chile*, Nº 13, 1981, pp. 151-161.
- Meza Fuentes, Roberto. "Tratado del bosque, por Juvencio Valle". *El Mercurio*, 12 de febrero de 1933.
- Morla Lynch, Carlos. *En España con Federico García Lorca*. Sevilla: Renacimiento, 2008.
- \_\_\_\_\_. *España sufre. Diarios de guerra en el Madrid republicano, 1936-1939*. Salamanca: Renacimiento, 2008.
- \_\_\_\_\_. *Informes diplomáticos y diarios de la guerra civil*. Sevilla: Espuela de Plata, 2010.
- Neruda, Pablo. "Sobre Juvencio Valle", *El Mercurio*, 20 de noviembre de 1932.
- \_\_\_\_\_. *Canto General*. Madrid: Cátedra, 1997.
- \_\_\_\_\_. *Obras completas I: De Crepusculario a Las uvas y el viento*. Barcelona: RBA, 2005.
- \_\_\_\_\_. *Confieso que he vivido*. Santiago de Chile: Pehuén Editores, 2005.
- Olivares Briones, Edmundo. *Pablo Neruda: Los caminos del Mundo. Tras las huellas del poeta itinerante II (1933-1939)*. Santiago de Chile: LOM, 2001.
- Poirot, Luis. *Neruda: retratar la ausencia*. Madrid: Comunidad de Madrid, 1987.
- Reyes Messa, Alfonso. "A propósito del libro *Tratado del bosque*, de Juvencio Valle". *Los Tiempos*, 14 de noviembre de 1932.

- Schidlowsky, David. *Neruda y su tiempo: las furias y las penas*. Santiago de Chile: RIL, 2008.
- Teillier, Jorge. "Conversando con Juvencio, el hombre pan". *Ultramar*, Santiago de Chile, Nº 5, junio de 1960. Disponible en: <http://www.letras.s5.com/jv2001062.htm> [Consultado el 21 de febrero de 2017]
- Teitelboim, Volodia. "Un poeta", prólogo a *Todo Juvencio Valle*. Santiago de Chile: LOM, 1995.
- Trapiello, Andrés. *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*. Barcelona: Destino, 2010.
- Valle, Juvencio. "Federico García Lorca". *SECH*, Santiago de Chile, Nº 3, diciembre de 1936, pp. 10-11.
- \_\_\_\_\_. "España". *Madre España. Homenaje de los poetas chilenos*. Santiago de Chile: Panorama, 1937, pp. 34-35.
- \_\_\_\_\_. "Piedras de Madrid". *El Mono Azul*, Madrid, Nº 46, julio de 1938, p. 3 (ed. facsímil 1975: 181).
- \_\_\_\_\_. "Barcelona, fragua de sangre, no tiene lágrimas, sino deseo y esperanza de vencer". *Ercilla*, Santiago de Chile, 29 de julio de 1938, p. 6.
- \_\_\_\_\_. "Sin alardes de su dolor y su heroísmo vive el pueblo madrileño: allí el amor hace quites a los bombardeos". *Ercilla*, Santiago de Chile, 5 de agosto de 1938, p. 9.
- \_\_\_\_\_. "Madrid no ha perdido su espíritu: en las trincheras los milicianos gritan chistes al adversario cercano". *Ercilla*, Santiago de Chile, 12 de agosto de 1938, p. 6.
- \_\_\_\_\_. "Encontré en el libro un arma formidable la España leal: en Madrid los imprimen entre los bombardeos". *Ercilla*, Santiago de Chile, 19 de agosto de 1938, p. 6.
- \_\_\_\_\_. "Despavoridos huyen los labriegos españoles: la metralla siega las vidas y devasta los campos". *Ercilla*, Santiago de Chile, 26 de agosto de 1938, p. 10.
- \_\_\_\_\_. "Con alegría de banderas, cantando: ¡No pasarán! Madrid cumplió en noviembre, dos años de heroísmo y de muerte". *Ercilla*, Santiago de Chile, 30 de diciembre de 1938, p. 23.
- \_\_\_\_\_. *Nimbo de piedra*. Santiago de Chile: Cruz del Sur, 1941.
- \_\_\_\_\_. "Laurel a Pasionaria". *Babel*, Santiago de Chile, Nº 34, julio-agosto 1946, pp. 22-23.
- \_\_\_\_\_. "Retrato de Miguel Hernández". Armando Solari. *Cantata a la muerte de Miguel Hernández*. Viña del Mar: Armando Solari Serra, 1950, pp. 7-10.
- VVAA. *Madre España. Homenaje de los poetas chilenos*. Santiago de Chile: Panorama, 1937.

### Obras sin autor expreso

- "El poeta Juvencio Valle parte hacia España". *Frente Popular*, Santiago de Chile, 17 de enero de 1938, p. 17.
- "Un poeta: Juvencio Valle". *Ercilla*, 28 de enero de 1938, p. 17.
- "Hablando con Juvencio Valle". *El Mono Azul*, Madrid, Nº 46, julio de 1938, p. 3 (ed. Facsímil 1975: 181).
- "Interesantes manifestaciones del ilustre poeta Juvencio Valle". *La Vanguardia*, Barcelona, 28 de octubre de 1938, p. 5.
- "Increíble pero cierto". *Mandrágora*, Santiago de Chile, Nº 1, diciembre de 1938, p. 15.